

del Templo pagizo, que en sus principios erigieron en aquella Capital los Misioneros Apostolicos. Corrió la funcion de Altar de cuenta de la egemplarissima Comunidad de los muy Reverendos Padres Mercenarios, y predicó el V. P. Fr. Antonio Margil: y que ponderando todas las circunstancias de la fiesta, y dia, que fue el trece de Junio, dedicado al Glorioso San Antonio de Padua, levantó los ojos al Cielo, y dijo: *Para ver tanta gloria, me trajo mi Jesus en quince dias, de Queretaro à Guatemala.* Las leguas que hay desde esta Ciudad à aquella, pasan de quatrocientas, à juicio de los mas prácticos.

Lo mas extraño que yo concibo en este punto es, que no solo le comunicó el Cielo el Dón de la agilidad para sí, sino tambien para comunicarlo en parte, segun se verá en los siguientes casos. Haviendole pedido licencia para bajar à la Ciudad un Limosnero del Colegio de Guadalupe, le respondió con paternal cariño: *Hermano, se la*

doy con mucho gusto; pero con tal, que un Caballito que tiene puesto en tal parage, para ir en él, lo mande traer al Colegio, y vaya à pie, como es de nuestra obligacion. Es verdad, dijo entonces el Hermano Lego, lleno de confusion, pero envié el Caballo secretamente por la necesidad en que estoy. A este tiempo, echó mano el V. Prelado de unas sandalias de su uso, y le dijo: *Tome, y pongase estas herraduras, y verá como el fumento no se despéa, ni se cansa en el camino.* Cogió el Religioso los cacles, y se los puso, y se fue à hacer su diligencia: y aseguró, que siempre que anduvo con ellos, no experimentaba cansancio alguno en el camino, ni despues de haver caminado.

Otro Religioso flaco, y débil, por sus muchas enfermedades, con solo ponerse los cacles, ò las sandalias del V. P. Fr. Antonio, quedó fortalecido de repente, para emprender largos viages. ¡Benditos pies, de cuyo contacto resultaba tan admirable virtud!

CAPITULO XIV.

CONFIRMASE LA MISMA MATERIA con otros admirables sucesos, y se refiere, que viviendo el Siervo de Dios asistió à su Madre en vida, y muerte.

Siendo Prelado el V. P. Fr. Antonio del Colegio de Guatemala, faltó en una ocasion impensadamente la cal para proseguir la obra del Seminario. No se havia dado aviso alguno à los Indios caleros para remediar esta falta; y con todo, al siguiente dia fueron entrando muchas requas cargadas de cal, para que prosiguiese la fábrica. Preguntaronles: quien les havia llamado? Y respondieron, que el P. Fr. Antonio, el qual, repentinamente se les havia entrado por sus Rancherías, dandoles de voces, para que à toda priesa tragesen cal al Colegio. Quedaronse todos admirados, teniendo por constante, que el Siervo de Dios no havia salido del Claustro, para dar personalmente esta embajada à los Indios. El

caso, de todos modos es prodigioso, ò bien fuese asistiendo el Admirable Varon à un mismo tiempo en dos lugares distantes, ò supliendo algun Angel su presencia, ò siendo transportado, y vuelto en breve tiempo por ministerio Divino.

Estando predicando en la Iglesia de Santa Lucía, que está en uno de los Barrios de la Ciudad de Guatemala, quedó suspenso en medio del Sermon, y en un profundo silencio, cruzadas las manos, y arrimado al respaldar del Pulpito. Hallóse perplexo el auditorio, con tal novedad no esperada, y formando varios discursos; aunque los mas se persuadian à que le havia sobrevenido algun repentino accidente. Pasóse así un largo rato, y prosiguen-

guiendo el V. P. su asunto, se renovaron las admiraciones de todos, por lo mucho que les llamó la atención su intempestivo silencio. Ninguno supo por entonces el misterio; pero después se averiguó con certeza, que mientras estuvo suspenso en el Pulpito, había entrado en una casa à librar de la muerte à una desdichada muger, que iba acabando la vida à la violencia de los cruelísimos azotes, con que su propio marido, convertido en un colérico Basílico, ò Verdugo inhumano, intentaba matarla.

Ana Maria Margil, virtuosa Doncella, y hermana uterina del Siervo de Dios, padecía una enfermedad peligrosa, de la qual se llegó à ver en gran tribulación, y conflicto. Hallábase por entonces el V. P. Fr. Antonio en estas Indias en sus continuas correrías del ministerio Apostólico, muy agena la Señora de que en Valencia pudiese ser visitada de su Hermano, aunque hacía de él muy continuas memorias. A este tiempo vió entrar por el quarto, en que estaba postrada, à un Religioso Franciscano Reco-

leto, que la dijo: *Hermana, haz voto à mi Padre San Francisco de vestir su Habito, y de ser Religiosa en el Convento de la Puridad, y tendrás salud.* Conoció luego la enferma, que el que la hablaba era su querido Hermano Fr. Antonio, que ausentándose de sus ojos, concluida que fue la referida razon, la dejó vertiendo lagrimas de ternura, y llena de una particular confianza, de que en breve quedaria buena. Hizo el voto de ser Monja, quedó recobrada de sus achaques, entróse Religiosa de Obediencia, ò Velo blanco, en el Convento de la Puridad, ò Purísima Concepcion, y vivió en él muchos años, con edificación de sus Hermanas, y murió con mucho consuelo de su espíritu.

Haviendo enfermado en la misma Ciudad de Valencia la Madre del V. P. Esperanza Ros, algunos años después que se vino à estos Reynos, se vió en tales aprietos, que la desahuciaron los Medicos. Recibidos ya todos los santos Sacramentos, la administraron una bebida, por ver si dormía algo, y con este motivo la dejaron sola, para que pu-

pudiese con la quietud conciliar mejor el sueño. Pasado un breve rato, temiendo la mayor de sus hijas, que era casada, no le sobreviniese à su Madre algun repentino acaso, entró en el quarto con mucho silencio, à ver como lo pasaba la enferma. Cuidó quanto pudo de no hacer ruido; pero por mas que procuró el recato, despertó con su entrada la doliente, y la dijo con gran ternura: *Dios te perdone, hija mia, el haverme despertado, pues estaba en un sueño, en que parece veía à mi hijo Fr. Antonio, y me decía: Animese, Madre mia, en el Señor, que no morirá de esta enfermedad.* Asi lo dijo la virtuosa Matrona, y à mas de haver recobrado brevemente la salud, dispuso el Cielo el ofrecerle otra prueba de gran certeza, para conocer que la visita de su hijo había sido mas que sueño. Bajó un dia, después de buena, à la vivienda inferior de la casa, y estando allí sentada con otras Personas, vieron llegar à la puerta dos Religiosos de nuestro Padre San Francisco, sin conocer quienes fuesen, y el uno de ellos la dijo, con voz clara, y muy risueña:

Señora Esperanza, me alegro mucho, y la doy la enhora buena de la visita, que ha tenido Vmd. en la venida de su hijo el P. Fr. Antonio, que ha venido à darle la salud, y bendicion; y dicho esto, se desaparecieron los Religiosos, sin volver à verlos mas.

Pero donde se multiplicaron los prodigios, y se vió mas abundantemente la luz profética con que el V. P. Fr. Antonio anunciaba lo futuro, fue el año de mil setecientos y uno, dia veinte y uno de Mayo, en que falleció esta dichosa muger; y hallándose su hijo en Guatemala, segun queda dicho en el Capitulo antecedente, tuvo la indecible fortuna de tenerle à la cabecera en aquella hora, segun el V. P. se lo había prometido al despedirse para venir à este Colegio, y queda ya referido con extension en el Capitulo tercero de la primera Parte. La fama de este prodigio es tan constante en la Ciudad de Valencia, que no admite prudente duda: y baste saber, que asi lo publicaron en los Pulpitos los Predicadores de las Honras de este gran Siervo de Dios.

CAPITULO XV.

SE REFIEREN OTROS SUCEOS
maravillosos, en que parece, que viviendo el Siervo de
Dios, le concedió el Cielo algunos visos de los Do-
nes de Sutileza, Impasibilidad, y Cla-
ridad.

Vista en los antecedentes
Capitulos la agilidad
con que corría el V. P.
Fr. Antonio, ò la velocidad con
que volaba, falta que veamos
ahora la sutileza que en algu-
nos casos le concedió el Señor,
como si su cuerpo fuese ya Bien-
aventurado, viviendo en carne
mortal. Siendo Guardian del
Convento de nuestro Seráfico
Padre San Francisco de la Ciu-
dad de Leon de Nicaragua, el
Reverendo Padre Fray Bernar-
do de San Josef y Daria, es-
tando una mañana acostado en
su Celda, oyó que tocaba à la
puerta el V. P. Margil, que ve-
nia de camino. Mandó el Guar-
dian à un muchacho que le ser-
via, que viesse quien era el que
llamaba; y à este tiempo res-
pondió desde afuera el Siervo

de Dios: *Yo soy, Padre nuestro,
Fr. Antonio de la misma nada.*
Al decir estas palabras, se fue
entrando con mucha llaneza
por la Celda, hasta llegar à la
cabecera de la cama, en que se
hallaba el Guardian, el qual,
despues de corresponder à su
salutacion, no acabando de en-
tender lo mismo que estaba mi-
rando, le preguntó ¿por donde
habia entrado en la Celda, sien-
do asi que estaba cerrada, y te-
nia debajo de su cabecera las
llaves? *Entré (respondió son-
riendose el V. P.) por donde Dios
quiso, y fue servido.* Quedó el
Prelado con la respuesta con
mayor admiracion, y havien-
dose levantado, tomó las lla-
ves del Convento, y se fue à re-
gistrar la Portenia, y halló to-
das las puertas cerradas, segun

las

las havia dejado por la noche.
Con esta experiencia quedó cer-
tificado de que la entrada del P.
Margil en su Celda, havia sido
por prodigio; con el qual, tuvo
mucho que alabar à Dios, siem-
pre admirable en sus Justos.

Vivia en Guatemala un Ca-
ballero, amigo del P. Fr. Anto-
nio, al qual le levantaron un
testimonio, con que peligraba
mucho su honra, y fama. Su-
po que el calumniador era un
Sugeto familiar suyo, à quien
havia libertado la vida, y le ha-
via dado varios socorros: lo
qual acrecentó tanto su senti-
miento, que se resolvió à ven-
gar su injuria, dandole una
cruel muerte. Retiróse à su ca-
sa, sin comunicar con persona
alguna su ánimo, y al salir de
su aposento para poner en
práctica su determinacion, se
halló à la puerta con el V. P.
Margil, que traía en las manos
una linterna encendida, y to-
mandole de un brazo, le dijo
con voz imperiosa: ¿Qué es es-
to? ¿Anda por aqui patillas?
Con esto le dió la linterna à su
Compañero, sin que éste lle-
gase à conocer al Caballero; y
entrándose en el quarto, cerró

la puerta, repitiendo con impe-
rioso tono: ¿Qué es esto? ¿Anda
por aqui patillas? ¿Para donde
va, Bárbaro? Entonces, hecho
el duelista un mar de lagrimas,
se arrojó à los pies del Siervo
de Dios, y rindió en el suelo
las armas. Levantóle el bendi-
to Varon entre sus brazos, y
sentandose ambos por espacio
de un quarto de hora, lo dejó
con sus saludables consejos tan
libre de aquella pasion furiosa,
que al día siguiente se confesó
con el mismo P. Fr. Antonio,
y habiendo recibido la Comu-
nion, se fue para el Real Pala-
cio, y habiendo encontrado à
la puerta al que lo havia agraviado,
le dió un abrazo, sin
darse por entendido. Lo mas
particular que hace al presente
intento es, que la puerta de la
casa del Caballero estaba cerra-
da, ni el V. Misionero havia es-
tado otra vez en ella. En cuya
atencion, tuvo el suceso, por
tan raras circunstancias, por
maravilloso, y sobrenatural,
dudando mas de una vez, si el
Religioso que le estorvó su pre-
cipitado designio, fue el V. P.
Fr. Antonio, ò algun Angel en
su figura.

No

No es menos constante el que gozase el V. P. Fr. Antonio algunas veces fueros de impasibilidad transitoria, como se verá en los siguientes casos. Predicando en una ocasion en la Cathedral de Guatemala, tomó entre las manos quatro candelas de cera ardiendo, y cogiendolas por las pavesas, le salian por entre los dedos las llamas, sin que las candelas se apagasen, ni le hiciesen lesion alguna en la mano con que las tuvo.

En otra ocasion, en que caminaba por el Obispado de Nicaragua, llegó à las Sabanas del Dioromo, y por venir un grande aguacero, se acogió al abrigo de un palo. Pasaba à este tiempo por el camino Don Geronymo Macedo, con otros caminantes, y viendoles el Siervo de Dios, les dijo: *Venganse por acá, y juntense conmigo, que querrá Dios, que no llueva aquí.* Hicieronlo asi los Pasageros, y lo que sucedió, fue, que lloviendo copiosamente por el Oriente, y Ocaso, todos quedaron enjutos; ò porque à su imperio respetó el agua aquel sitio, ò porque perdió sus nativas propiedades. Asi se experi-

mentó en la Ciudad de Guatemala, habiendo ido à confesar à Don Thomás de Arrivillaga, en una noche, en que llovía con mucha fuerza. Tentaronle los de la casa el Manto, discurriendo, que estaria en extremo mojado, y lo hallaron seco, y sin rastro de humedad alguna.

Otro caso muy parecido à éste se averiguó en el Pueblo de Telica, perteneciente à Nicaragua, el mismo dia que el Venerable Misionero principió allí su Mision, siendo Guardian del Colegio de Guatemala. Habia llovido mucho en el camino, y entrando en la Sacristia un Caballero que venia en su seguimiento, con el pretexto de besarle la manga, observó, que tenia el Habito enjuto, y seco. Dijole entonces con gracia: *P. Fr. Antonio, parece que V. P. ha venido en hombros de Angeles, pues no se ha mojado, y en el camino ha llovido con extremo, y hemos venido con cuidado mirando el suelo, y no hemos visto estampa de sus pies, ni señal de haverle pisado.* Respondióle el humildisimo Padre con desimulo, que havia venido por fuera del camino Real, confesán-

sando à los pobres que habitaban en las Estancias de los lados. Creció con la respuesta la curiosidad del Caballero, el qual averiguó, por fin, que en aquella mañana en que ambos salieron de la Ciudad de Leon, havia transitado por diez y siete, ò diez y ocho Estancias: de las quales, unas distaban un quarto de legua del camino, otras media legua, y otras mas de legua. Por todo lo qual, y por hallarlo con el Habito enjuto, habiendo llovido sin cesar por mañana, y noche, quedó tan lleno de asombro, como conceptuado de que al V. P. Margil le asistia el Señor con modo especialissimo.

Caminando desde esta Ciudad de Queretaro para la de Zatecas, llegó à la Hacienda de la Erre, en ocasion que un Rio intermedio venia muy rápido. Preguntóle el Doctor Don Augustin de Tegeda, Coadjutor de Cura en dicho Partido, ¿ qué de donde venia? Y haviendole respondido, que aquella mañana havia salido de la Villa de San Miguél, le repreguntó, ¿ qué por donde havia vadeado el Rio? *No he visto Rio* (dijo

entonces el V. P.) *solo un cañito vide, que no me impedia el paso.* Quedaron admirados todos los que lo oyeron, por estar ciertos, que solo por milagro podia haverlo pasado: bien, que no era nuevo en el V. P. Margil el pasar por encima de las aguas, sin sumergirse, y sin mojarse, como se verá en los tres casos siguientes.

Caminando en cierta ocasion, llegó à un caudaloso Rio, en cuya orilla se hallaba detenido un Correo, sin atreverse à vadear lo rápido de sus corrientes: *Ea* (le dijo el Siervo de Dios) *dispon tu cabalgadura, que has de pasar con la ayuda de Dios.* Hizolo asi, y el mismo P. Fr. Antonio le señalaba à voces las partes por donde havia de transitar sin peligro. Pasó por fin, con artos temores, y quando quiso volver con su vagage para que pasase el V. P. lo halló contiguo à él, sin señales de haverle tocado el agua.

Quando el Siervo de Dios entró à la Conquista del Peten, era voz común entre los Militares, que pasaba los Rios sin mojarse. Quiso uno de los Soldados tener experiencia de ello, y ofre-

ofreciéndose pasar un Rio, se reclinó con disimulo de que tomaba descanso. Con esto observó, que todos los que pasaban tenían al salir humedecidos los pies, pegadas à ellos las arenas de la ribera, à excepcion del V. P. Fr. Antonio, que à mas de tener los pies secos, no tenia señal alguna de haver tocado las aguas.

Acompañando à los Venerables Padres Fr. Melchór, y Fr. Antonio, en el Reyno de Guatemala, un Tercero llamado Gonzalo Pereyra, que despues fue Donado egemplar en este Colegio, llegaron todos tres à las orillas de una profunda Barranca, que atravesaba el camino, sin hallar por donde bajar à ella, para pasar à la otra parte. Fuese el referido Hermano à buscar algun sendero, y haviendo hallado uno algo distante, quando pasó à lo alto del lado opuesto, ya halló alli à los dos benditos Misioneros, que lo estaban esperando. Con esta novedad, se certificó de haver sido aquel vuelo milagroso, pues no era dable el pasar por otra senda, ò vereda.

Tampoco cabe disputa, de

que este Apostolico Varon se dejase mirar algunas veces con visos de claridad extraordinaria, segun fue visto en distintas ocasiones, con incendios especiales en el rostro, y lo confirmarán los siguientes casos. Haviendo entrado en cierta tarde un Religioso de este Colegio en el Coro, vió ciertos resplandores, mayores que los ordinarios reflejos, que suele comunicar la luz del Sol, quando están cerradas las ventanas. Discurrió que havria en la Iglesia bastantes luces ardiendo, de algunas personas que suelen velar en obsequio de nuestra Cruz milagrosa. Hizo diligencia para certificarse del caso, y no vió mas luz en la Iglesia, que la que ardia en la Lampara. Con esta experiencia, volvió à registrar el Coro algo mas cuidadoso, y pensativo; y en un ángulo oculto, tras de una banca, descubrió al V. P. Fr. Antonio, que era Guardian actual, sentado, y con un pobre pañuelo cubierto el rostro, y que de alli salia aquella luz, que tanto havia admirado. Llamóle, por ser ya hora de tocar à Completas, y advirtió, que

que estaba enagenado de sus sentidos: de forma, que huvo de menester moverle, para despertarle de aquel amoroso sueño, en que los deliquios de su enardecido espiritu le salian con tales resplandores al rostro.

El año de veinte y tres, en que el V. P. se hallaba en Mexico, por negocios de su Colegio de Guadalupe, fue una mañana al Convento de Santa Inés à consolar algunas Religiosas. Acertó à entrar una Señora en la Iglesia, à tiempo que el Apostolico Varon las hablaba por la reja del Coro, y volteando la cara para hablar à la Señora, vió ésta que su ros-

tro resplandecía, como si fuera un claro Sol, y que de su frente despedía unos reflejos tan brillantes, que al paso que la deslumbraron, la dejaron tan embebecida, que no percibió lo que la dijo. Era esta muger de muy probada virtud, y de singular trato con Dios, y segun declaró ella misma, despues de muerto el bendito Padre, con la referida luz conoció tanta hermosura en su alma, y tal agregado de virtudes, que le pareció un San Pedro de Alcantara, siendo asi, que aquella fue la vez primera que vió al Venerable Padre Margil.

CAPITULO XVI.

PRESAGIOS DE LA VIENAVENTURANZA del Venerable Padre Fray Antonio, fundados en Fé piadosa.

NO es nuevo, que teniendo el Divino Señor sus delicias en conversar con los hijos de los hombres, manifieste à algunas de sus escogidas almas la felici-

dad de sus Justos, segun nos informan à cada paso las Historias. Asi parece que lo dispuso tambien su Providencia, para honrar à su Siervo Fr. Antonio, como se verá en los si-